

De esta manera, Prusia firmó en unión de las demás citadas potencias la paz con Francia en Utrecht, en 11 de abril de 1713. Luis XIV, en nombre de su nieto, el rey Felipe de España, le cedió el alto distrito de Güeldres y reconoció al propio tiempo el título de rey de Prusia en favor de Federico Guillermo, el cual renunció al principado de Orange y á todas las posesiones del mismo en el Delfinado y en el Franco Condado y se obligó á dar satisfacción por la pérdida sufrida á los herederos del príncipe de Nassau-Dietz que había fallecido en 1711. En cambio fué reconocido por Francia como soberano de Neufchatel y de Valengin.

El rey de Prusia firmó aquella paz como miembro independiente de la Gran Alianza: como miembro del Imperio hubo de someterse á la decisión de este y del emperador, que inmediatamente prosiguieron la guerra.

La lucha por la herencia de los Orange no terminó hasta muchos años después por medio de un convenio (1732), en el cual se prometió al rey Federico Guillermo, además de las tierras cedidas ya á Francia y de Lingen y Moers, una porción de bienes y señoríos grandes y pequeños que los Orange habían poseído en los Países Bajos y en Bélgica.

La política prusiana había hecho durante veinte años los mayores esfuerzos para conseguir esta posesión. En otro tiempo habíanse cifrado grandes esperanzas políticas en el logro de una posición poderosa y quizás dominante en los Países Bajos; pero tales planes no se realizaron, pues la parte pequeña que en definitiva alcanzó Prusia en aquella nación no tenía verdadero valor político. Por esta razón Federico el Grande aprovechó la primera coyuntura que se le presentó para enagenar aquellas posesiones que tenía diseminadas en países extranjeros y que más que otra cosa le producían molestias (1).

Con la paz de Utrecht de 11 de abril de 1713 no terminó por completo la guerra de sucesión española. El emperador se negó á firmar las condiciones que le fueron presentadas, y el Imperio alemán, obedeciendo á la presión de la política imperial, rechazó también la paz y resolvió continuar la guerra. Siguió, pues, un epílogo guerrero y diplomático, y si hasta entonces había sido aun dudosa la derrota de los intereses alemanes, después de la última tentativa quedó plenamente confirmada.

La resolución adoptada por Carlos VI de intentar una nueva lucha contra Francia, aun después de haberse retirado de la alianza Inglaterra y Holanda, ha sido generalmente censurada, considerándose tal empresa no solo como desesperada, sino también como impolítica: justo es decir que el éxito justifica tales censuras contra aquella tentativa del emperador de la cual trató enérgicamente de disuadirle el mismo príncipe Eugenio de Saboya.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que el emperador había hecho grandes concesiones, á pesar de lo cual cada día se le exigían otras á que difícilmente podía acceder el jefe del Imperio y de la casa de Habsburgo. En las últimas negociaciones había renunciado, si no formalmente, por lo menos de hecho, á España y á las colonias; había consentido en que se estableciera en Sicilia la monarquía saboyana y en

ra de sucesión española (Sybel: *Revista histórica*, tomo XVIII), página 350.

(1) Entre los territorios cedidos á Prusia en 1732 estaba el señorío (más nominal que efectivo) de Herstatt en el Mosa, por razón del cual Federico el Grande tuvo en el primer año de su reinado el conocido conflicto con el obispo de Lieja, á quien al fin se lo cedió por una cantidad moderada: también vendió á María Teresa el señorío de Turnhout situado en Bélgica, y al estatúder Guillermo de Orange (1753 á 1754) los de los Países Bajos.

que fueran rehabilitados los dos proscritos Wittelsbach, y aun, en último extremo, en la cesión de Cerdeña al elector Maximiliano Manuel de Baviera; pero Francia, en su creciente soberbia, salía siempre con nuevas condiciones «perjudiciales y sarcásticas.» Pocas semanas antes de firmarse la paz de Utrecht, los plenipotenciarios franceses presentaron un nuevo ultimátum (2) en el cual se imponían al emperador ciertas obligaciones, como la de no alterar nunca el *statu quo* que en Italia se le indicaba, y se le pedían nuevas ventajas altamente humillantes para él y en favor del protegido de Francia Maximiliano Manuel. Para fundar estas pretensiones, decíase que el emperador no había cumplido estrictamente el tratado de Ilbesheim, firmado en noviembre de 1704, poco después de la batalla de Hochstadt, por el que se reguló la ocupación de Baviera por los austriacos, y que con ello se habían ocasionado grandes perjuicios materiales al elector, el cual tenía derecho á una indemnización, cuya cuantía debería determinar un tribunal de árbitros presidido por la reina de Inglaterra. Mientras esta indemnización no se hiciera efectiva, el elector conservaría como prenda el ducado de Luxemburgo, y hasta que le hubiese sido entregada la isla de Cerdeña continuarían en su poder el condado de Namur y las plazas de Charleroy y Nieupoort, uno y otras situados en los Países Bajos que pertenecían al emperador. Formuláronse además otras vergonzosas exigencias que parecían expresamente calculadas para llegar á un rompimiento con el emperador que se encontraba aislado y á quien no se le daba todavía el título imperial que solo se le daría oficialmente después de firmada la paz, es decir, una vez que hubiesen sido rehabilitados los dos electores proscritos que no habían tomado parte en la elección de Carlos VI. En cambio se le exigía que llamara en toda forma rey de España á Felipe de Borbon, lo cual equivalía á hacerle manifestar expresamente su renuncia á la corona española. En cuanto á las concesiones que en otro tiempo se habían hecho al Imperio, ya no se hablaba de ellas: el Rhin había de ser la frontera del Imperio, el cual no podría formular pretensión alguna sobre Alsacia ni sobre Estrasburgo. El *ultimátum* añadía, ni más ni menos que en los antiguos tiempos de las paces dictatoriales, que Francia solo hasta 1.º de junio de 1713 se consideraba ligada á estas condiciones.

Este *ultimátum*, en cuyas exigencias principales insistía Francia, fué la causa decisiva de que Carlos VI no firmara la paz de Utrecht. Es muy probable que se habrían dirigido, y con razón, fuertes censuras al emperador si hubiese aceptado para sí y para el Imperio la humillación y vergonzosa paz que aquellas condiciones premeditadas significaban, sin intentar un último esfuerzo para salvarse.

Esta tentativa se hizo, pero fracasó. No le fué muy difícil al emperador obtener de la Dieta de Ratisbona un acuerdo favorable á la continuación de la guerra y al aprometimiento de cuatro millones de thalers para atender á los gastos; pero esta resolución no produjo apenas resultado alguno, pues de la suma votada solo se hizo efectiva una pequeña parte (3), y una cosa análoga sucedió con el número y calidad de los contingentes facilitados por los distintos Estados del Imperio. Muy pronto pudo verse lo que significaba la falta

(2) O. Weber: *La paz de Utrecht*, pág. 370.

(3) En septiembre de 1713, cuando ya terminaba la campaña, de los cuatro millones de thalers votados solo 225,000 habían ingresado en la caja de operaciones del Imperio instalada en Francfort. Véase Arneth, tomo II, pág. 291. Esta cantidad sólo se refiere naturalmente al dinero contante y sonante, pues una gran parte de las partidas adeudadas se saldaron por medio de liquidaciones con los distintos príncipes que pusieron sus tropas á sueldo del Imperio.

de los subsidios metálicos ingleses y holandeses: los triunfos hasta entonces alcanzados tenían por base las tropas de Alemania y el dinero de Inglaterra, y la carencia de este último debía paralizar forzosamente toda tentativa que se hiciera para defender en los campos de batalla y solo con las propias fuerzas la causa propia.

Inmediatamente después de firmada la paz de Utrecht, el príncipe Eugenio retiró de los Países Bajos el ejército imperial y á mediados de mayo de 1713 reunió con el ejército del Imperio que se encontraba en el alto Rhin, acariciando el propósito de emprender en aquel teatro de la guerra, hasta entonces tan abandonado por los que habían dirigido la lucha, la nueva campaña contra Francia y contra su antiguo adversario, el mariscal Villars. Disponía Eugenio de sus propias aguerridas tropas imperiales á las que se unieron los mal armados y poco expertos contingentes del llamado ejército imperial que en realidad se componían casi exclusivamente de las fuerzas facilitadas por los círculos asociados de la Alta Alemania.

¿Dónde estaban las tropas de los Estados imperiales alemanes armados?

Prusia había firmado la paz con Francia, y el rey Federico estaba satisfecho de haber logrado al fin la posibilidad de hacer sentir en los asuntos del Norte el peso de su fuerte y glorioso ejército. Cumpliendo su deber como miembro del Imperio, había aportado al ejército imperial un contingente de 6,000 hombres que se encontraban en el obispado de Colonia y no se daban gran prisa por reunirse con Eugenio y sus tropas imperiales (1). El rey Federico Guillermo no tenía ganas de entregar sus excelentes regimientos al doble juego que él debía sostener desde el momento en que como rey de Prusia había firmado la paz con Luis XIV y como elector de Brandeburgo debía luchar en el alto Rhin contra el monarca francés; así es que después de muchas vacilaciones no llegaron los prusianos al teatro de la guerra hasta el mes de agosto.

No más considerable fué el apoyo prestado al príncipe Eugenio por los otros príncipes alemanes que disponían de grandes recursos militares, pues que se limitaron á cumplir estrictamente sus deberes de miembros del Imperio. A todos los Estados imperiales de la Alemania septentrional fascinábales de un modo irresistible la crisis del Norte, y todos sentían la necesidad de concurrir con la mayor suma de fuerzas á la realización de los acontecimientos decisivos que allí se preparaban: Hannover y Sajonia, Mecklemburgo y Holstein, todos tenían allí que defender tantos intereses como Prusia, y ante Stralsund y Stettin, Bremen y Wismar, quedaban relegadas en segundo término Estrasburgo y Friburgo.

En otros muchos Estados repitióse la costumbre tradicional en el Imperio de escatimar y aplazar todo lo posible el envío de los contingentes debidos conforme á matrícula, mostrándose, en cambio, siempre dispuestos á facilitar sus bien equipadas «tropas de las casas militares de los soberanos» mediante el pago de los correspondientes subsidios de la caja de operaciones del Imperio. En estas circunstancias, el príncipe Eugenio, para poder reunir siquiera las tropas más indispensables, tuvo que comprarlas, por decirlo así, á los diversos príncipes alemanes librándoles órdenes de pago sobre los cuatro millones votados por la Dieta. De este

(1) El verdadero contingente que conforme á la matrícula debía aportar era de 9,500 hombres, pero el gobierno de Berlín declaró que las guarniciones prusianas de las plazas fuertes del bajo Rhin debían ser también contadas como contingente imperial y que por lo tanto solo quedaban 6,000 hombres para el ejército de campaña. Los detalles de estas negociaciones pueden verse en Droysen, tomo IV, pág. 36. Véase también Arneth: *El príncipe Eugenio*, tomo II, pág. 287.

modo pudo disponer de fuerzas de Wurtemberg, de Hesse-Kassel, de Munster, de Gotha, etc., viéndose muchas veces obligado á recurrir á su crédito personal para suplir la mas apremiante falta de dinero.

El valor militar de Carlos VI era también superior á los recursos de que disponía: la falta de dinero había alcanzado en Viena su grado máximo; los regimientos de España que mandaba Starhemberg y que habían sido llamados no habían llegado todavía, é Italia y Hungría no podían quedarse sin tropas. El príncipe Eugenio apenas podía recibir los refuerzos más indispensables. El emperador había resuelto valerosamente proseguir la guerra, pero tenía que hacerla débilmente, y al mismo genio del gran saboyano no le era dado conseguir victorias careciendo como carecía de todos los medios materiales necesarios para alcanzarlas.

El curso del epílogo guerrero de la campaña de 1713 en el alto Rhin forzosamente hubo de corresponder á todas estas circunstancias, habiéndole al mariscal Villars cabido la gloria de salir vencedor en aquella empresa, durante la cual, si bien hubo de luchar con un general superior á él, pudo en cambio combatirle con fuerzas muy superiores.

A principios de junio, cuando el príncipe Eugenio no tenía ni con mucho reunidas todas sus tropas en las posiciones de las extensas líneas de Ettling, los franceses atravesaron el Rhin por el fuerte Luis, arrojáronse sobre Spira y extendiéndose hasta Mannheim cerraron á los imperiales el acceso á aquel río. Su primer ataque formal fué dirigido contra la plaza fuerte de Landau, situada en la orilla izquierda del Rhin, abriéndose las trincheras el día 24 de junio. Era aquel el cuarto sitio que sufría la ciudad durante la guerra de diez años. El príncipe de Wurtemberg defendió heroicamente la plaza; pero Landau estaba perdida porque el príncipe Eugenio, viendo cuán escasas eran las fuerzas de que disponía, tuvo que renunciar á su propósito de pasar el Rhin y hacer levantar el sitio á los franceses. «Si al otro lado del Rhin sucediera una desgracia, escribía Eugenio al emperador, todo el Imperio correría peligro evidente: no queda por ahora más remedio que esperar lo que pueda ocurrir después de la toma de Landau (2).» A este humilde sistema de operaciones veíase reducido el vencedor de Hochstadt y de Turin, que hubo de contentarse con la modesta misión de ser, como en otro tiempo había sido Luis Guillermo de Baden, el defensor de las líneas de Ettling y de los desfíladeros de la Selva Negra.

El día 20 de agosto, es decir, dos días después de haber escrito Eugenio aquella carta al emperador, el príncipe Alejandro de Wurtemberg capituló en Landau, después de haber defendido por espacio de ocho semanas aquella plaza de una manera intachable y hasta el último extremo.

Muy pronto pudieron traslucirse los planes ulteriores de Villars, el cual había sabido ocultarlos tanto tiempo como había podido al príncipe Eugenio merced á una serie de movimientos simulados ejecutados con gran habilidad. En 18 de setiembre pasó el Rhin por Estrasburgo y dirigiéndose hacia el Sur atacó con fuerzas superiores las trincheras construidas para defender los desfíladeros de la Selva Negra. El general imperial Vaubonne, á quien Eugenio había encomendado la defensa de aquellas posiciones, no pudo resistir la embestida, y mientras una parte de sus tropas se refugiaba en Friburgo, él se retiró con el resto hacia Rottweil, pasando por Villingen, para esperar allí de nuevo al enemigo detrás de otros fuertes atrincheramientos.

Pero Villars, en vez de hacer lo que quizás en un príncipe

(2) Carta del príncipe Eugenio al emperador, fechada en 18 de agosto. Arneth, tomo II, pág. 506.

pio se había propuesto, es decir, en vez de atravesar la Selva Negra y de emprender el antiguo camino de las devastaciones francesas hacia Suabia y Baviera, marchó a poner sitio a Friburgo (1).

Era desde hacía algunos años comandante de aquella importante plaza fronteriza un ilustre veterano imperial, el teniente feldmariscal Harsch, oriundo de Alsacia, el cual escribía a Eugenio en los siguientes términos: «Con la ayuda de Dios no perderé la ciudad si no es por un asalto del enemigo, y aun así habrá que empezar por los dos castillos donde será preciso que á fuerza de minas volemos uno tras otro yo y mi guarnición.» Y aunque en definitiva sucumbió, cumplió su palabra: la defensa de Friburgo fué el último hecho de armas heróico que los alemanes realizaron en aquella guerra. Villars empezó el sitio á fines de setiembre, encontrando una resistencia tenacísima y sufriendo grandes pérdidas, pues una sola salida de los imperiales costó, según propia confesión, 2,000 hombres. Harsch opinaba que debía dejarse á los franceses que intentaran el asalto; pero el consejo de guerra adoptó una resolución contraria y la ciudad fué abandonada al enemigo, retirándose al castillo bajo aquella parte de la guarnición que aun podía combatir para continuar allí la defensa. Largas fueron las negociaciones que para la capitulación se entablaron: pensar en que la ciudad podría ser libertada en breve plazo era pensar en lo excusado, así es que Harsch, con asentimiento de Villars, envió á un oficial á tomar órdenes del príncipe Eugenio con encargo de decirle que sólo por mandato expreso consentiría en capitular y que aun podía defender el castillo cuatro semanas mas. El príncipe Eugenio no estaba en situación de prometerle eficaz auxilio, y en vista de ello, en 17 de noviembre de 1713 firmó Harsch la capitulación con la condición de que sus tropas saldrían libremente y con todos los honores militares, conseguido lo cual retiróse con el resto de su ejército al campamento fortificado que el general Vaubonne había establecido en Rottweil.

El príncipe Eugenio no había podido salvar á Landau ni á Friburgo, pero esto en nada empaña su gloria militar, pues conservando como conservó las líneas de Etling, evitó, á lo menos por este lado, que los franceses invadieran de nuevo los territorios imperiales del Oeste y salvó la posibilidad de emprender al año siguiente una nueva campaña en mejores condiciones.

Pero entonces no era el militar, sino el político, el que debía entrar en acción. Ambos beligerantes pensaban seriamente en la paz, y aunque á Carlos VI costábale mucho decidirse en este sentido, pudo influir en su ánimo el consejo del príncipe Eugenio. Luis XIV deseaba mas eficazmente que el emperador la terminación de la guerra, pues esperaba que, dados sus triunfos en la última campaña y el aislamiento absoluto en que Carlos VI y el Imperio se encontraban, podría firmar la paz con todas las ventajas del vencedor. Mientras la lucha de Friburgo, el mariscal Villars había recibido de su rey plenos poderes para negociar la paz, y se comprende que el emperador los otorgase iguales á su primer general, dándose entonces el caso raro de que se confiara la obra de la paz á los dos caudillos enemigos que estaban armados uno contra otro.

Después de muchas negociaciones convinieron en reunirse ambos generales en Rastadt y con poco séquito, pues los dos pensaban tratar el asunto mas bien militar que diplomáticamente, y en 26 de noviembre comenzaron las conferencias en el magnífico palacio que en aquella población se había mandado construir Luis Guillermo de Baden.

(1) Véase Arnetz, tomo II, pág. 302.

Teniendo en cuenta las circunstancias y los deseos de paz que todos abrigaban, pues hasta el general Villars estaba personalmente interesado en el buen éxito de aquel su primer ensayo diplomático, cualquiera hubiera creído que el asunto se resolvería rápidamente con la precisión y brevedad propia de militares. Sin embargo, no fué así, sino que por el contrario mas de tres meses transcurrieron antes de que los plenipotenciarios llegaran á un completo acuerdo. Durante este tiempo, mas de una vez estuvo el príncipe Eugenio tentado de romper las negociaciones, hasta que en febrero salió de Rastadt después de haber entregado al mariscal francés un *ultimátum*. Este acto de energía produjo gran efecto, recibiendo poco después Villars la órden de firmar la paz, lo que se verificó en Rastadt en 7 de marzo de 1714 (2).

Dada la situación de las cosas, no había que pensar entonces en condiciones de paz como las que hubieran podido conseguirse en las negociaciones de Gertruydenberg, en 1710: nada se habló acerca de los alsacianos ni de Estrasburgo, y en cuanto á la gran cuestión del reparto de territorios se mantuvo, en lo esencial, lo establecido en Utrech, bien que con algunas ventajas que Eugenio supo obtener para la política imperial y que en realidad no redundaron en beneficio del Imperio, sino en favor del poderío de la casa de Habsburgo (3). Carlos VI obtuvo á Milan, Nápoles y algunos puertos de las costas de Toscana que antes habían pertenecido á España; la isla de Cerdeña, respecto de la cual Francia renunció á su antigua pretensión de que fuera cedida al elector Maximiliano Manuel de Baviera, y por último los Países Bajos españoles, á excepcion de la parte de Güeldres cedida á Prusia y con la obligación, por parte del emperador, de ponerse de acuerdo con los holandeses acerca de la barrera que á estos debía concederse. En cambio se le exigió la reposición completa de los dos proscriptos electores de Baviera y Colonia en todos sus cargos, dignidades y territorios (4), pero se suprimió la indemnización que antes exigía Luis XIV para Maximiliano Manuel por los perjuicios sufridos á causa del supuesto quebrantamiento de la paz de Ilbesheim. El elector del Palatinado debía, sin embargo, devolver á Baviera el alto Palatinado que anteriormente le había sido cedido. Es muy digna de notarse la declaración contenida en el artículo 18, según la cual el rey de Francia no se opondrá á que la casa de Baviera permutare mas adelante su territorio hereditario por cualquier otro; de modo que oficialmente se reservaba para el porvenir el antiguo proyecto de permuta bávaro-belga de Maximiliano Manuel. Este artículo puede ser invocado dos generaciones después, en los tiempos del elector Carlos Teodoro y de José II (5).

Por lo que se refería á la frontera franco-alemana, el emperador rechazó la tentativa hecha por Luis XIV para llevar

(2) Respecto del curso de las negociaciones de Rastadt véanse los mas mínimos detalles en Arnetz, tomo II, pág. 307, y Courcyth: *La coalición de 1701* (Paris, 1876), tomo II, pág. 1, y además el trabajo que sobre aquella paz de Rastadt acaba de publicar O. Weber en la *Revista alemana para ciencias históricas*, de Quidde, 1893, pág. 273. El instrumento de la paz lleva la fecha de 6 de marzo de 1714 y puede verse, entre otras obras, en la *Nueva colección de actas del Imperio*, tomo IV, página 307, y en *Campañas del príncipe Eugenio*, tomo XV, pág. 568.

(3) Véase el estudio comparativo en el trabajo citado de Weber, página 307.

(4) En el instrumento de la paz no se llamaba á Maximiliano Manuel sino «el señor M. M. de Baviera», sin añadirle el título de elector que no pudo ostentar legítimamente hasta que el emperador renovó la concesión. Por el contrario, á su hermano José Clemente, obispo de Colonia, diósele ya ese título en el citado instrumento.

(5) Véase Heigel, obra citada, pág. 224. Respecto de la actitud de Eugenio y de la corte imperial con relacion al proyecto de permuta, véase Arnetz, tomo II, pág. 345.

su frontera septentrional alsaciana hasta la línea del Queich mediante la adquisición de la ciudad y bailliato de Germersheim. Lo que sí quedó en su poder fué la plaza de Landau, por cuya posesión tanto se había combatido: en cambio devolvió al emperador y al Imperio el viejo Breisach, Friburgo y Kehl, y se obligó á demoler las fortificaciones construidas en la orilla derecha del Rin.

La paz de Rastadt había sido firmada únicamente entre el emperador y la corona de Francia, pero por su contenido significaba tambien la paz entre Francia y el imperio germánico. En este, como en todos los anteriores tratados de paz, la política imperial había prescindido de la Dieta, entendiéndose directamente con Francia en todo lo esencial: tocaba, pues, entonces al Imperio oficial ver si aceptaba ó no lo hecho por el emperador el cual en uno de los artículos de la paz de Rastadt se obligaba formalmente á conseguir que la diputación que el Imperio había de nombrar para entender de este asunto aprobara todos los artículos convenidos con Francia (1).

En efecto, dada la situación de las cosas, tratábase simplemente de un acto de fórmula, pues que en lo relativo á la demarcación de fronteras entre Francia y el Imperio la intervención de una comisión de la Dieta no había dado mas resultado que el obtenido. En tales circunstancias, la Dieta de Ratisbona acordó dejar en manos del emperador la negociación de la paz con el Imperio que debía seguirse en Baden (Argovia); pero, á pesar de este acuerdo, acudieron al lugar donde había de celebrarse el congreso, además de los comisarios imperiales, varios otros embajadores alemanes, entre ellos prusianos, suecos, wurtembergueses, etc. A los diputados de Colonia y de Baviera negóseles la entrada en el congreso. El emperador rechazó tambien con energía, como la había rechazado en las negociaciones de Rastadt, la intervención de un embajador inglés, resolución motivada por su justa indignación contra la corte de Londres, por la conducta desleal que esta había observado en Utrech, y tambien por el temor de que Inglaterra aprovechase la oportunidad de la discusión probable de algunas cuestiones protestantes, especialmente de la relativa á la «cláusula de Ryswick», para dar á poca costa popularidad á la política inglesa y crear dificultades á las gestiones del emperador.

Podemos prescindir de los detalles de aquellas negociaciones que se prolongaron durante otros tres meses. La habitual pedantería de las prácticas diplomáticas hizo que nuevamente se discutieran todos los artículos de la paz de Rastadt, para llegar, al fin y al cabo, al mismo resultado. Otra vez intentó Carlos VI, como había intentado en Rastadt, hacer prevalecer uno de sus mas vehementes deseos, que nada tenía que ver con el Imperio ni con la paz de este, cual era el de arrancar del monarca francés la promesa de que influiría en el ánimo de su nieto Felipe V en favor de sus fieles catalanes y de sus fueros; pero Luis XIV se negó tenazmente á dar en España un paso que de antemano se sabía que había de ser inútil. El artículo relativo á la rehabilitación del elector de Baviera habría podido, en otras circunstancias, dar lugar á largos debates: cierto que estaba decretada la cesión á Baviera del alto Palatinado, que había sido segregado del Palatinado electoral; pero después de la batalla de Hochstadt el emperador había arrebatado al electorado otros territorios bávaros, y la cuestión de si estos debían ser devueltos á su antiguo dueño y, en caso afirmativo,

(1) Paz de Rastadt, art. XXXIII: «Su Majestad Imperial da su palabra de que la citada diputación ó los que fueren revestidos de plenos poderes consentirán en nombre del dicho Imperio en todos los puntos respecto de los cuales se ha convenido entre S. M. Imperial y S. M. Cristianísima.»

cómo debía hacerse esta devolución, interesaba en parte directamente al Imperio. La paz de Rastadt, sin embargo, dejó este asunto completamente al arbitrio del emperador, y la de Baden aceptó íntegro el artículo correspondiente.

Y lo mismo sucedió en todos los demás puntos: el resultado de aquellos tres meses de discusiones fué firmar en 7 de setiembre de 1714 la paz de Baden, que era casi palabra por palabra fiel reproducción de lo consignado en la de Rastadt (2).

Un apéndice hubiera debido añadirse para reparar antiguas violencias cometidas contra el Imperio, á saber, la anulación de la *desagradable* (3) cláusula de Ryswick, de 1697. En las negociaciones de Utrech, Prusia y tambien Holanda é Inglaterra habían abogado por que fuera revocada aquella condición contraria á derecho, y no le habría sido difícil á la política inglesa conseguir tal revocación si hubiese apelado cerca de Francia al peso de toda su respetabilidad; pero los torques ingleses no tenían interés en que se tratara de este asunto mas que accidentalmente y por este motivo el impulso intentado fracasó. Como en Baden, lo mismo que en Rastadt, los embajadores de las potencias católicas Austria y Francia eran los únicos que dirigían las negociaciones, ya se comprenderá que ninguno de ellos había de tocar á la cláusula religiosa á menos que á ello no les forzaran. Los embajadores alemanes que se encontraban en Baden, capitaneados por el prusiano conde de Metternich, hicieron grandes esfuerzos para que se tratara esta cuestión, pero sus tentativas fueron vanas, pues ni el emperador ni Francia se dejaron convencer y no quisieron renunciar voluntariamente á una condición del tratado tan favorable á la Iglesia católica. La cláusula tan censurada quedó, pues, tal como estaba. Cuando se presentó á la Dieta de Ratisbona el tratado de Baden, en octubre de 1714, la mayoría católica apresuróse á ratificarlo, y como aquella paz no era sino una confirmación de la de Ryswick, los protestantes renovaron su protesta de 1697 y declararon que solo podían aceptarla en cuanto no se opusiera á las estipulaciones religiosas de la paz de Westfalia. De suerte que tambien aquel tratado produjo descontentos, y en el Palatinado del Rin hubieron de experimentar muy pronto y de una manera para ellos muy sensible que la cláusula de Ryswick había sido puesta nuevamente en vigor bajo la garantía del emperador, del Imperio y del rey de Francia (4).

¡Esto había sucedido al final de una guerra, al comenzar la cual habíase acariciado la idea de obligar á Luis XIV á restablecer el edicto de Nantes!

Si, colocándonos en el terreno de las tres grandes paces de 1713 y 1714, examinamos la suma de resultados que arroja aquella tremenda guerra universal de diez años, parece á primera vista que la importancia de aquel suceso, mas que en lo que se alcanzó y determinó, estriba en lo que por medio de la lucha pudo evitarse. Una poderosa coalición había impedido que el poderío francés se extendiera por la Europa romana meridional, hecho que hubiera tenido como consecuencia la sumisión de todo el continente á Francia.

Pero este fué el único resultado conseguido. Quebrantada Francia profundamente durante algun tiempo y amenazada de gravísimas pérdidas, favorecida por la suerte, resistió todos los ataques y al final de la guerra se encontraba incólucamente

(2) El instrumento de la paz de Baden está inserto, entre otras, en la *Nueva colección de actas del Imperio*, tomo VI, pág. 320: está redactado solo en latin; el de la paz de Rastadt se redactó en latin y en francés.

(3) Puller: *Desenvolvimiento histórico*, tomo II, pág. 379. Véase mas arriba.

(4) Struve: *Historia eclesiástica del Palatinado*, pág. 1257.

me en el exterior y continuaba siendo la primera potencia militar del continente, con buenas fronteras por todos lados, libre de aislamiento político y resuelta y dispuesta á mantener su gran posición en todas las cuestiones europeas.

El imperio alemán salió de la guerra de diez años sin que su situación hubiera sufrido modificaciones esenciales: había llegado á vislumbrar la posibilidad de conseguir importantes ventajas nacionales en la frontera occidental, pero por culpas propias y ajenas vió defraudadas sus esperanzas. La guerra no había podido acabar con el dualismo impotente del cuerpo del Imperio considerado como un todo. Aliados con los Estados mas ricos del mundo, los Estados imperiales alemanes mas fuertes desde el punto de vista militar, pero pobres y necesitados de dinero, no habían sido en el fondo sino potencias auxiliares que facilitaban tropas y exigían subsidios y combatían en pro de los intereses de los aliados extranjeros y de la casa imperial de los Habsburgos. La misma Prusia, cuyas armas tanta gloria habían conquistado en la guerra de sucesión, no había logrado ocupar una categoría elevada en el terreno de la política. Los grandes intereses políticos de aquel reino recientemente creado estaban en la crisis del Norte y desde el momento en que, como con razón se ha dicho, el rey Federico I hacia en el Norte política sin ejército y en el Oeste la guerra sin política, no eran de esperar grandes triunfos políticos. Neufchatel y Güeldres no podían ser consideradas como adquisiciones beneficiosas para Prusia ni para los intereses generales alemanes, y su importancia no era en verdad proporcionada á los esfuerzos que para obtenerlas se emplearon. Prusia no recuperó su importancia política hasta que el rey Federico Guillermo I retiró sus regimientos de Bélgica y de Italia para llevarlos al Báltico.

Del mismo modo que los de Prusia, los intereses predominantes en los otros grandes Estados alemanes distaban mucho, en el fondo, de estar enlazados con la cuestión de la sucesión española. Sajonia debía buscar su provecho en las complicaciones sueco-polaco-rusas, y la política de la casa de Hannover estaba determinada por la atención que había de consagrar á los vecinos territorios sueco-alemanes y por la sucesión al trono de Inglaterra. Únicamente la casa de Wittelsbach había entrado en la lucha por la herencia de los Habsburgos como potencia activamente interesada, y ya hemos visto cuánto hubo de costarle evitar su total ruina y cómo hubo de considerarse dichosa con poder recobrar sus antiguos dominios y su anterior situación en el Imperio. En cuanto á los demás Estados de la Alta Alemania situados al Sudoeste del Imperio, si bien es cierto que habían relacionado con la guerra contra Francia legítimos intereses, la paz no mejoró en nada sus respectivas sucesiones: los holandeses habían conseguido su *barrera* contra Francia, pero la Alta Alemania no pudo lograr la que había esperado y de la cual debían formar parte Estrasburgo y Alsacia, de suerte que las posiciones de ataque de los franceses en el alto Rhin continuaban siendo casi tan fuertes como antes: es más, la plaza de Landau había pasado á poder de Francia. En vista de esto y con objeto de proporcionarse siquiera la defensa mas

indispensable fué preciso acudir á los antiguos recursos, y en su consecuencia en 1714 renovóse, hasta para el tiempo de paz, la Asociación de los círculos germánicos anteriores (1).

La que salió mas beneficiada fué la casa imperial de los Habsburgos, cuya suerte había ido prosperando constantemente, en medio de frecuentes apuros y necesidades, desde el año 1683. La paz de Baden había redondeado su posición como gran potencia. Del antiguo territorio interior conocido con el nombre de Austria había surgido un Estado que por sus costas belgas confinaba con el Océano occidental, que dominaba en Lombardía, que parecía llamado á tomar desde Cerdeña y Nápoles parte activa y provechosa en la vida de los Estados del Mediterráneo y que no pensaba haber llegado al término de sus adquisiciones en Italia. Dió su fuerza principal al nuevo Estado la firme posesión de Hungría: dos siglos de inmensos sacrificios había costado el consolidarse lenta y trabajosamente en aquel país; pero á la sazón comenzaba á recoger los frutos de sus trabajos. En otro tiempo, dice Ranke, los ejércitos alemanes eran los que hacían todas las guerras en Hungría y decláse que todos los rios de aquel territorio estaban teñidos de sangre alemana; «pero ahora los húngaros forman el núcleo de los ejércitos austriacos en las guerras alemanas (2).»

Todos estos antiguos y nuevos elementos de poder agrupábanse alrededor de la venerable institución del imperio alemán que coronaba el edificio político por ellos formado. ¡Cuántas tentativas se habían hecho desde Carlos V para arrebatar esta dignidad á la casa de Habsburgo! Todas, sin embargo, habían fracasado y la nación había tenido que reconocer una y otra vez que el Imperio de los Habsburgos era, si no la mejor, por lo menos la única solución posible y estable.

¿Qué sucedería á la sazón ante las gigantescas proporciones que había alcanzado la posición universal de aquel Imperio? ¿Se contentaría este con el poder limitado que dentro de Alemania le habían señalado los últimos acontecimientos? ¿Resucitarían bajo el gobierno de un emperador que reinaba en Milan y en Nápoles los antiguos y olvidados ideales imperiales del tiempo de los Staufen, de los que solo calamidades podían esperarse?

Por primera vez entonces, es decir, despues de la paz de Utrecht, estaba justificada la pregunta de si la monarquía habsburgo-austriaca era realmente un Estado alemán.

La cuestión del porvenir estribaba en ver si la nueva Austria se mostraría apta para conservar la posición conquistada y sacar de ella todas las condiciones posibles, ó si encontraría en su camino resistencias que le fuera imposible vencer.

¡Cuán á menudo se asocia á toda prevision y á todo cálculo lo absolutamente imprevisto, la voluntad ciega del acaso! En 1713 se concluía la paz de Utrecht y en el propio año firmaba Carlos VI la Pragmática Sanción ante la posibilidad de la extinción de su línea directa.

(1) Kopp: obra citada, pág. 302.

(2) Ranke, fragmento «las grandes potencias.» Obras, tomo XXIV, página 16.

## LIBRO SÉPTIMO

### CAPITULO PRIMERO

#### LA GUERRA DEL NORTE Y EL REY FEDERICO I DE PRUSIA

Dos grupos del sistema de Estados de Europa habían sufrido, al comenzar el siglo, violentos cambios y conmociones: los del Oeste y del Sur á consecuencia de la lucha por la herencia española, y los del Este y del Norte por efecto de la guerra de la coalición septentrional contra Suecia.

El fenómeno extraño de que las dos grandes crisis se desarrollaran paralelamente durante diez años sin que ninguna influyera directamente en la otra ó sin que ambas se fundieran en una sola guerra universal, tiene su principal explicación, no en la distancia que mediaba entre los lugares en que cada una se desenvolvía, ni tampoco en la diversidad de intereses que en una y otra entraban en juego, sino mas bien en un hecho completamente opuesto. En efecto, todas las potencias que unas enfrente ó al lado de otras figuraban en la gran guerra del Oeste de Europa estaban vivamente interesadas en los sucesos que acaecían en los campos de batalla del Norte. En otro capítulo de esta obra hemos hecho notar la importancia que desde el punto de vista mercantil tenían para Holanda é Inglaterra el mar Báltico y los territorios por él bañados. La política francesa, por otra parte, seguía con vivísimo interés el curso de los sucesos en Polonia y en los países del Báltico, y entre las grandes potencias alemanas, lo mismo el emperador que Prusia y Hannover veíanse precisados por el más natural encadenamiento de las cosas á interesarse en todos los movimientos de la política septentrional, ya para prevenirse contra daños posibles, ya para aprovecharse de las ventajas que allí se ofrecieran.

Si todas estas naciones habían dejado que los asuntos del Norte siguieran su propio curso sin intentar influir en él con una parte de sus fuerzas, debían esto á la ejecución, por parte de las grandes potencias, de un plan político de operaciones perfectamente meditado. La misión que la guerra de sucesión española imponía á los aliados exigía la mas absoluta concentración de todos los elementos de lucha para conseguir el fin militar que se proponían. Inglaterra y Holanda no tenían escuadras que enviar al Báltico, y el emperador, por lo mismo que guerreaba en España y en Italia, en Bélgica y en el Rhin y además tenía que refrenar á los húngaros, no podía lanzarse al peligro de una guerra sueca ó rusa ni mezclarse en los disturbios polacos y bálticos. Estas potencias, en vista de que no les era dado impedir la guerra en el Norte, se esforzaban para que por lo menos se localizara y procuraban evitar en todo lo posible que aquella lucha con sus complicaciones perturbara la acción de la Gran Alianza y dividiera sus fuerzas. De aquí el afán con que los diplomáticos ingleses y holandeses trabajaban para evitar que Prusia y Hannover se mezclaran ni poco ni mucho en los asuntos del Norte: Inglaterra y Holanda no querían verse privadas de las

excelentes tropas de aquellos Estados alemanes y para ello era preciso que ni Prusia ni Hannover tuvieran que llamar sus fuerzas á sus propios territorios. Esto explica la ansiedad que en los hombres de Estado produjo el movimiento de avance de Carlos XII hácia el electorado de Sajonia: si Suecia y Francia renovaban su antigua unión militar, la situación del mundo cambiaba de repente; la Gran Alianza solo podía esperar el logro de sus fines mientras Francia permaneciese aislada y la guerra del Norte localizada.

Y en general habíase conseguido efectivamente mantener la deseada separación, á pesar de los esfuerzos que en contra hizo la diplomacia francesa: Prusia y Hannover renunciaron á representar un papel activo en las complicaciones sueco-polaco-rusas, y aunque Inglaterra seguía con tanta atención como disgusto y suspicacia los progresos del poderío ruso en el Báltico, no por esto abandonó un momento su actitud reservada (1).

La ruina del poder militar de Suecia en Pultava, en julio de 1709, fué la señal de un nuevo recrudescimiento de la crisis del Norte, pues inmediatamente los antiguos enemigos de aquella nación renovaron su alianza guerrera. Augusto II de Sajonia-Polonia, violando infamemente el tratado, publicó un manifiesto en el que solemnemente declaraba que se desdecía de la paz de Alt-Ranstatt: aquel príncipe había renovado poco antes, en 28 de junio de 1709, la alianza de 1699 con el rey Federico de Dinamarca y algun tiempo despues avistóse personalmente en Thorn con Pedro de Rusia y restableció con este la antigua alianza contra Suecia (9 de octubre de 1709). Los nuevos aliados no consiguieron que la corte de Berlin se les uniera y el elector Jorge Luis de Hannover tambien se mantuvo firme en la opinión de que en interés de la guerra contra Francia no debía la del Norte extenderse por el territorio alemán ni por las provincias sueco-alemanas. Pero la antigua coalición de 1699 contra Suecia resucitó mas poderosa y dispuesta á la lucha que antes; y mientras Carlos XII permanecía en Bessarabia, en enigmático destierro voluntario, y su protegido Estanislao abandonaba el reino y la corona de Polonia y huía hacia Pommerania; mientras el rey Augusto II se apoderaba nuevamente del trono polaco, y Federico de Dinamarca se apercebía á un gran ataque contra Suecia, en Schonen y desde Noruega, al frente de todos ellos se destacaba con toda la superioridad de su poder y de su consideración el victorioso czar moscovita que se disponía por un lado á completar la conquista de Livonia, por otro á llevar sus armas á Finlandia y en todas partes á sentar para siempre su planta.

Cada día era mas inminente el peligro de que la Alemania septentrional se viera obligada por una ú otra parte á abandonar la neutralidad tan cuidadosamente conservada. En la frontera de la Nueva Marca había tropas rusas, y el ejército sueco mandado por el general Krassow habíase re-

(1) Bruckner: *Pedro el Grande*, pág. 426.